

Organización popular y resistencia en El Salvador: un análisis de las experiencias de las mujeres en la guerrilla y en el exilio.

María Gabriela Guillén Carías¹

Resumen

Antes de finalizar el siglo XX, entran en crisis el régimen oligárquico y el tradicional modo de vida de las comunidades campesinas en El Salvador. Surgen los movimientos populares y las organizaciones político-militares donde las mujeres tuvieron un papel decisivo para la construcción de la resistencia contra el terrorismo de Estado. La presente investigación tuvo por objetivo entender este proceso histórico a través de las narrativas de mujeres de las comunidades campesinas del norte de Morazán. A través de la historia oral se analiza la participación de las mujeres que se incorporaron a la guerrilla en el Ejército Revolucionario del Pueblo y de las mujeres que fueron al exilio y colaboraron desde la retaguardia con el movimiento guerrillero. Se analiza el papel que desempeñaron y las desigualdades de género en esas dos estructuras organizativas de los años ochenta. Se destacan las posibilidades que tuvieron de organizarse como un grupo con demandas específicas al interior de las organizaciones, más allá de la lucha contra el régimen y de las demandas de clase, para superar la opresión y la desigualdad.

¹ Professora adjunta do Curso de Ciências Sociais da Faculdade de Ciências Humanas – Universidade Federal da Grande Dourados

Organización popular y resistencia en El Salvador: un análisis de las experiencias de las mujeres en la guerrilla y en el exilio.

Finalizada en 1992, la revolución salvadoreña abrió las puertas para una serie de desarrollos posteriores cuyo legado histórico es contradictorio y debe ser evaluado en el marco de los acaecimientos económicos, políticos y sociales del entorno mundial en los últimos treinta años del siglo XX. Los antecedentes históricos previos a la década de los setenta, momento en que se intensifica el levante popular y surgen los primeros núcleos armados en cuyo interior las mujeres tuvieron un papel muy importante, se caracterizan por una articulación dependiente y subordinada del país al mercado mundial dominado por las naciones capitalistas avanzadas. A partir de esta subordinación se consolida un sistema de segregación social que se reproduce constantemente por medio de la marginalización de amplios sectores de las clases populares condenándolas históricamente a ser fuerza de trabajo superexplotada.

En los años previos a la guerra, las vidas de las mujeres rurales fueron determinadas por este contexto de crisis permanente y escasez de alimentos. Sus condiciones socioeconómicas eran extremadamente precarias, especialmente las de aquellas mujeres que pertenecían a familias campesinas sin tierra o familias de pequeños propietarios. En el ámbito de la reproducción, la mujer campesina estaba expuesta a una sobrecarga de tareas interminables y muy difícilmente lograba transponerlos límites impuestos por el sistema patriarcal. Cuando era necesario que la mujer saliera a la esfera de la producción por una cuestión de supervivencia, el patriarcado le reservaba una doble explotación en los monocultivos de café, caña de azúcar y algodón. El valor de su fuerza de trabajo era (y continúa siendo) establecido en función del valor de la fuerza de trabajo masculina condenándolas a las peores condiciones de vida en la región: vivienda inadecuada, alimentos de baja calidad, falta de servicios médicos, falta de seguridad social y falta de trabajo registrado.

Ante este cuadro, una de las estrategias de supervivencia de las mujeres rurales fue la migración a las ciudades en busca de empleos remunerados y mejores condiciones de vida para ellas y sus familias que se quedaban en el lugar de origen. A pesar de tener mayores oportunidades de encontrar trabajo en las ciudades, debido a una mayor demanda de fuerza de trabajo femenina en los sectores de servicios domésticos y de maquila, las mujeres siempre estuvieron sujetas a los más bajos salarios y a las

peores condiciones laborales. Aquellas que no consiguieron un puesto de trabajo en estos sectores fueron lanzadas a la calle como vendedoras informales.

Este cuadro comenzó a agudizarse en El Salvador y las clases populares, especialmente las comunidades de origen campesino inician un proceso organizativo a través de las comunidades eclesiales de base a partir de las cuales surgen las primeras organizaciones político-militares que darán vida al movimiento guerrillero. En el plano político, hacia finales de la década de setenta, la hegemonía de la oligarquía cafetalera tradicional entra de lleno en crisis y se da un vacío de poder. Esto se tradujo en una escalada de la represión con el consiguiente aumento de los torturados, desaparecidos y asesinados. Ante la creciente espiral de violencia, los cuadros de los frentes de masas y del movimiento popular van para la clandestinidad y engruesan las filas de las organizaciones político-militares. Mientras se constituían las bases del neoliberalismo mundial, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) se consolidaba como una organización guerrillera de izquierda.

Iniciado el conflicto armado predomina durante doce años el elemento militar sobre las esferas económica, política y social. En la primera mitad de los años ochenta la guerrilla impone varias derrotas militares al ejército y logra controlar diversos territorios al norte de El Salvador. Cuenta con el apoyo de las poblaciones locales y de los campamentos en Honduras en los que se concentraban las comunidades campesinas que huían de las masacres perpetradas por el ejército en comienzos de la década. Frente a la creciente ofensiva guerrillera y un posible triunfo militar similar al nicaragüense, se intensifica la intervención del imperialismo norteamericano. Las fuerzas armadas gubernamentales reciben asesoría y financiamiento y son sometidas a una reestructuración que, a partir de la segunda mitad de los años ochenta, dará lugar a la intensificación de la guerra y a un fuerte desgaste de ambos ejércitos, junto a la destrucción colosal de la infraestructura del país.

En 1989 llega al poder ejecutivo un nuevo grupo de poder oriundo de la oligarquía tradicional que, sin abandonar el sector agroexportador, se dedica principalmente a las actividades en el sector financiero. En este mismo año la guerrilla hace una propuesta para negociar la paz la cual es rechazada por el gobierno. Ante la negativa, el FMLN lanza en ese año una ofensiva militar para tomar el poder sin llegar a un triunfo militar. Finalmente se da inicio a las negociaciones que serán mediadas por la ONU. Concomitante a este proceso, comienza la reestructuración neoliberal a través de ajustes estructurales macroeconómicos, apertura comercial, liberalización financiera.

En 1992 se firman los Acuerdos de Paz, un documento que fue proclamado como el fundamento de un pacto social que daría inicio a la transición democrática y a la construcción de un Estado de derecho que velaría por la justicia social en El Salvador. Sin embargo, la llamada "transición" o "apertura democrática" se convertirá en un mito a lo largo de más de dos décadas de neoliberalismo. En el marco de las negociaciones para alcanzar los Acuerdos de Paz, los aspectos socioeconómicos estructurales fueron escasamente considerados por las cúpulas negociadoras del gobierno y del movimiento guerrillero.

A pesar de que cesaron las actividades represivas de los aparatos estatales y la eliminación indiscriminada de la población por motivos políticos, la violencia social se generalizó en la cotidianidad de los salvadoreños. En estas circunstancias, la vida misma es diariamente negada a amplios sectores de la clase trabajadora y esto se refleja en la aparición de problemáticas y violentas pandillas conformadas por jóvenes desempleados, en el aumento de las actividades vinculadas al narcotráfico y en la expulsión constante y masiva de salvadoreños del territorio nacional². No podía ser de otro modo ante la continuidad de los factores que constantemente reproducen la histórica exclusión económica y social de las clases populares y que generan nuevas formas de violencia. Los Acuerdos de Paz se tornaron un eficaz instrumento de legitimación del orden burgués neoliberal a nivel nacional y regional. Las alternativas ofrecidas por el capital en su fase neoliberal, como la modernización del Estado, del sistema parlamentario y del sistema electoral, se convierten en una mera ilusión cuando lo que está a la orden del día es la continuidad de la concentración de riqueza y poder en manos de un grupo cada vez más reducido núcleo de las clases dominantes y sus contrapartes extranjeras que actúan en el país.

Es por estas razones que se hace necesario un análisis cuidadoso de la trayectoria de los movimientos populares aglutinados en torno a la guerrilla más allá del plano militar y de las condiciones objetivas que impidieron la toma del poder. Para ello, esta investigación lleva a cabo un examen de la posición de la mujer dentro de dos de las formas organizativas del movimiento popular y guerrillero que fueron adoptadas para hacer frente a la represión y dar continuidad a la resistencia en el plano militar. Se

² El problema más reciente se constata con la inmigración de menores de edad no acompañados de Guatemala, Honduras y El Salvador a los Estados Unidos. En el último año fiscal, 47.000 menores no acompañados llegaron a los Estados Unidos siendo que 35.000 eran procedentes de estos países. Entre las causas de la emigración están la reunión con sus familias pero también la inseguridad y las constantes amenazas de muerte que los menores reciben de las pandillas.

verificaron las prácticas desarrolladas por las organizaciones y la tendencia a superar o eliminar la desigualdad de clase y de género. La premisa teórica fundamental para el análisis es que "hay una conexión entre la emancipación de las mujeres con el desarrollo histórico general de la sociedad" (Rowbotham, 1974:62). Asimismo, a través de la división sexual de trabajo se analizó como la reproducción de relaciones enajenadas de género afectó de forma directa a las mujeres o si fue posible la subversión de los roles tradicionales en los espacios de producción y reproducción al interior de las organizaciones populares.

Esto significa que la interacción entre los medios de producción y los medios de reproducción, su relación con la posición de la mujer con respecto al hombre deben ser consideradas para entender los cambios en la organización de la sociedad. La familia nuclear se configura como una unidad reproductora de las relaciones necesarias para mantener el sistema sociometabólico del capital. Sobre la cuestión de la familia nuclear, Mézáros (2011:278) señala que las mujeres deben quedar excluidas del poder real de decisión debido a su papel fundamental en la reproducción de la familia, que debe alinearse con los imperativos absolutos y los dictados autoritarios de capital.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, el presente estudio se realizó con mujeres ex-guerrilleras y ex-colaboradoras pertenecientes al norte del departamento de Morazán en la región oriental de El Salvador, donde la organización popular y la participación de las mujeres fueron importantes para todo el proceso revolucionario de iniciado en la década de 70. Para lograr esto, se analizaron dos experiencias organizativas de los años 80 y la posición de las mujeres dentro de ellas.

La primera experiencia analiza la posición de la mujer al interior de la estructura misma de la guerrilla. Esta se consolidó en 1980 con la aparición del FMLN. En el caso del norte de Morazán fueron obtenidos relatos orales de mujeres que participaron en Ejército Revolucionario del Pueblo, una de las cinco organizaciones político-militares que configuraron el FMLN y cuyas bases populares se encontraban en ese departamento. La otra experiencia analizada, también de los años 80, es la estructura organizativa que asumieron las comunidades campesinas en el exilio en el campamento de Colomoncagua, en Honduras. Ambas experiencias representaron un momento histórico en función del cual surgieron estructuras organizativas dentro de las cuales las mujeres desempeñaron un papel importante en la resistencia y en la lucha contra la pobreza y la represión de la dictadura cívico-militar, así como también representaron la oportunidad,

en diversos grados, de tomar conciencia y organizarse como un grupo con demandas específicas contra el sistema del patriarcado.

El incremento de la represión a finales de los años 70 obligó a las mujeres a participar en la resistencia y a asumir tareas y responsabilidades tradicionalmente adjudicadas a los hombres. Los comités militares y el frente de masa Ligas Populares - 28 de febrero (LP-28), organizaciones clandestinas establecidas por el ERP al interior de las Comunidades Eclesiales de Base surgidas en la década anterior, permitieron a muchas mujeres salir de la esfera de control de la familia y de las tareas del ámbito reproductivo. Aunque dentro de las organizaciones religiosas no se concretó la igualdad sustantiva entre mujeres y hombres más allá de una crítica moral de la opresión de las mujeres, éstas se convirtieron en un espacio en el que ellas obtuvieron una cierta autonomía y tuvieron la oportunidad de demostrar sus capacidades.

Con la intensificación de la represión y las masacres a inicios de los años 80, las mujeres de las comunidades campesinas tuvieron tres alternativas: emigrar a otras regiones del país o al exterior, tomar las armas e ir al frente de guerra o morir. La experiencia dentro de la guerrilla fue la que menos posibilidades de avance ofreció para la afirmación de una igualdad sustantiva entre mujeres y hombres. El número de mujeres combatientes era reducido dentro de las filas guerrilleras y aquellas que se destacaban en el uso de las armas y demostraban valor durante un enfrentamiento armado eran consideradas mujeres excepcionales. Ciertamente la mujer con un arma en la mano haciendo frente a los mismos peligros que un hombre - y en muchos casos superándolo en el grado de valentía y fuerza corporal, hecho que refutó el mito de la inferioridad física de las mujeres en el campo de batalla - es un momento de igualdad en el que ellas toman conciencia del importante papel dentro de la organización ganándose cierto respeto y admiración por parte de los hombres. Sin embargo, esta igualdad no era necesariamente un camino de dos vías: el parámetro para aceptar a las mujeres como pares iguales era el grado de valentía demostrado en la batalla, un atributo considerado "esencialmente" masculino que sirvió para medir su capacidad ante los hombres y posibilitó en las relaciones interpersonales el respeto masculino y la participación en las discusiones políticas donde expresaban su opinión con mayor seguridad. Sin embargo, no se llevó a cabo el camino inverso. No era una opción digna para un combatiente hombre el participar en las tareas vinculadas a la esfera de la reproducción como, por ejemplo, en la estructura de la cocina considerada tradicionalmente un espacio femenino. Esta idea se vio reforzada por las reglas internas de la organización, que a

menudo sancionaba una falta grave con el traslado a este sector, tan importante en la vida de una columna guerrillera. Se trataba de la sanción más desmoralizadora para un combatiente y que apuntaba para la tradicional falta de valorización de los trabajos de orden reproductiva y la “no incorporación de la experiencia histórica de las mujeres en el cuidado de las personas” (Carrasco Bengoa, 2013).

Es en la estructura militar donde las mujeres se enfrentan con el patriarcado más extremo y con las mayores limitantes para la toma de conciencia individual y de grupo. La estructura compartimentada, vertical y clandestina impidió cualquier posibilidad de organización de las mujeres como un grupo con demandas específicas. En muchos casos las guerrilleras fueron expuestas a situaciones que tuvieron efectos extremadamente dañinos y degradantes, ya que las mujeres tenían que enfrentar no sólo la barbarie de la guerra, sino también las imposiciones y directrices de la comandancia guerrillera.

A partir de la segunda mitad de los años 80, ante la escalada de la guerra y el aumento de las bajas y desertiones en la guerrilla, la comandancia del FMLN prohibió los embarazos con el fin de evitar pérdidas de combatientes mujeres por maternidad. Si la mujer se embarazaba era obligada a abortar a las clínicas clandestinas. En muchos casos, debido a esta situación que debió provocar una inmensa angustia psicológica por el origen religioso de la mayoría de mujeres, innumerables combatientes optaron por guardar silencio y sobrellevar el embarazo en el frente de guerra poniendo en peligro sus vidas y las de sus bebés. Cuando se descubría el embarazo, el castigo consistía en la extensión del período de permanencia de las combatientes en el frente de guerra aún estando embarazadas y, como si eso fuera poco eran culpadas y desmoralizadas por poner en riesgo la causa de la revolución o eran sospechosas de haberse dejado embarazadas para desertar de las filas del ejército guerrillero. Por otro lado, los hombres responsables de un embarazo difícilmente asumían la paternidad o se encargaban de cuidar a la mujer embarazada. La organización guerrillera tenía dos pesos y dos medidas, ya que no sancionaba a los combatientes ni los obligaba a responsabilizarse.

Las prácticas de acoso sexual, no sólo eran muy comunes, sino también aceptadas y promovidas entre los combatientes, incluso en el ámbito de los mandos superiores. Eran muy frecuentes las apologías a este tipo de prácticas, llegando los combatientes a presumir el número de mujeres con las que tenían relaciones sexuales. Algunas de las entrevistadas informaron de que sólo después de la guerra escucharon historias de compañeras que fueron acosadas y que prefirieron silenciar los abusos por

miedo a la vergüenza y a la difamación. Al parecer, era una costumbre el ajusticiamiento del combatiente que cometía una violación, pero ninguna de las ex combatientes reportó algún caso.

La división de tareas y la adjudicación de funciones dentro de la jerarquía militar guerrillera demarcaban claramente una doble posición subordinada de la mujer: la discriminación por ser mujer y la discriminación por ser de origen campesino y pobre, y la mayoría de veces, analfabeta. Estas mujeres estaban destinadas principalmente a la estructura de la cocina, considerada inferior dentro de la estructura organizativa de la guerrilla. Las mujeres en la comandancia eran pocas y, por regla general, eran urbanas, procedentes de la clase media y contaban con un alto grado de educación. Difícilmente una combatiente de origen campesino podía subir tan alto en la organización.

Al final de la guerra esta situación se hizo evidente en el momento de la asignación de puestos de trabajo y de los recursos que la cooperación internacional canalizó para la desmovilización de los combatientes. Definitivamente la experiencia dentro de las organizaciones político-militares no apunta, a la hora de analizar la posición de las mujeres dentro de la estructura organizativa, para una sociabilidad alternativa a partir de la cual sea posible la construcción de una nueva sociedad que supere las desigualdades y jerarquías del orden burgués y del patriarcado.

No sólo fueron las combatientes en el frente de guerra que contribuyeron en la resistencia y en la lucha, sino también las mujeres que emigraron fuera del país a raíz de las masacres. Estas constituyeron varios campamentos de refugiados, entre ellos el campamento de Colomoncagua, en Honduras cerca del departamento de Morazán. La tradicional división sexual del trabajo en las familias campesinas hizo que la mayoría de las mujeres se fueran al exilio en función del cuidado de los hijos y que la mayoría de los hombres se quedaran en el frente de guerra. Así, las mujeres del campamento se quedaron en la retaguardia y se sumaron al emprendimiento colectivo de la guerra convirtiéndose su apoyo esencial para la continuidad del ejército guerrillero.

El campamento de Colomoncagua en Honduras puede ser considerado una especie de laboratorio por las condiciones en las que la comunidad se desarrolló: fue relativamente aislada por un cerco militar y recibió la asistencia de la cooperación internacional que proporcionó toda la alimentación y el material necesario para su subsistencia, la materia prima y algunas máquinas para dar inicio a procesos productivos. El momento es importante porque con todas estas limitantes, la experiencia muestra cómo a partir de la resolución práctica de las necesidades más inmediatas,

permeada por algunos "elementos de socialismo práctico" - como la cooperación y la auto-organización en el proceso de alfabetización y aprendizaje, las mingas de los jóvenes, la auto-organización en el área de la salud en el campamento, se genera la lenta construcción de un proyecto emancipador que prefiguraba una sociedad alternativa al sistema sociometabólico del capital.

Por muy artificial que fuera la supresión de algunos aspectos de la sociedad capitalista dentro del campamento: ausencia de propiedad privada de los medios de producción, la producción de valores de cambio, la inexistencia de dinero o de trabajo asalariado y explotado, la comunidad tuvo la oportunidad de vivir la experiencia de construir relaciones sociales alternativas, actuando y resolviendo sus problemas colectivamente.

Con el tiempo, la toma de decisiones y las acciones colectivas conducirán a actividades y espacios que prefiguraban el contenido programático del movimiento feminista socialista: autonomía y seguridad material de las mujeres, responsabilidad compartida del cuidado de los niños y niñas, apoyo social al embarazo, derecho al trabajo. No se trataba de una simple condena o crítica moral de la desigualdad y la opresión de las mujeres. Las mujeres fueron capaces de expresar sus demandas y crear estructuras organizativas dentro del campamento para liberarse de las tareas en la esfera de la reproducción y participaron en los procesos productivos y de toma de decisiones de la comunidad en su conjunto. Como grupo, exigieron que los hombres también participaran en las tareas reproductivas y aún si no lograron cambiar radicalmente sus actitudes negativas, por lo menos una generación de jóvenes creció en un ambiente donde las relaciones de poder típicas del patriarcado y del capital comenzaron a dejar de ser reproducidas. Por muy específica que esta experiencia sea, es paradigmática y revela una aspiración universal: la posibilidad de construir relaciones sociales más humanas y alternativas al sistema sociometabólico del capital. De hecho, la experiencia del campamento en Colomoncagua indica que la situación más radical no es la mujer con un arma en la mano, y sí la mujer en la producción, dirigiendo y coordinando los procesos productivos, distributivos y de consumo de su comunidad. Esta experiencia apunta para cambios más profundos tendientes a la construcción de una igualdad sustantiva entre hombres y mujeres y a la superación del capital.

¿De qué forma estas dos experiencias, consecuencia de la guerra, impactaron las vidas de las mujeres ex combatientes y ex colaboradoras del norte de Morazán en el período posterior al conflicto? ¿Hubo alguna continuidad de estas prácticas y la

mejoría de las condiciones de vida de las comunidades rurales y de la mujer o una regresión hacia el restablecimiento de las relaciones enajenadas del patriarcado tradicional?

Muchas ONG feministas han hecho balances negativos de la experiencia de las mujeres combatientes y colaboradoras dentro del movimiento guerrillero. En el período inmediato a los Acuerdos de Paz, Morena Herrera señala que durante la guerra las mujeres realizaron "tareas no contempladas en la división genérica del trabajo en tiempos normales y [...] tareas con un alto contenido de especialización genérica" (Herrera, 1996:10). Según estas organizaciones, las tareas consideradas tradicionalmente femeninas se tornaron funcionales a la guerra, pero de ninguna manera eso garantizó el acceso de las mujeres al poder. Otras indican que sólo las mujeres combatientes fueron las que realizaron tareas generalmente adjudicadas a los hombres y que las colaboradoras salieron de la guerra aún más femeninas y maternales.

En la visión de muchas feministas salvadoreñas no se produjo un impacto en la subjetividad y la sociabilidad en aquellas zonas donde la población tuvo contacto y colaboró con el grupo guerrillero. Según ellas, esto se reflejó en la posguerra a través del abstencionismo electoral por parte de las mujeres, que además de confirmar su antigua dependencia política y económica a respecto de los hombres, manifiesta su incredulidad por el "juego democrático" electoral. También, llegaron a la conclusión de que no hubo un proceso de reinserción favorable para las mujeres, especialmente para las campesinas, que a pesar de ser la base social del FMLN, fueron olvidadas en la mesa de negociaciones entre el gobierno y la guerrilla.

De hecho, no sólo la estructura organizativa del FMLN como guerrilla no era democrática ni permitió una participación más igualitaria de la mujer, sino que también como partido político en la posguerra no dio cabida a la participación de las mujeres en puestos de alto nivel en donde las decisiones son tomadas, tornándose también un factor que impidió la continuidad de la organización y construcción del poder popular. En ese sentido, la cuestión real no es la imposibilidad de las mujeres ascender en la jerarquía del partido. Esta jerarquía representa un problema en sí mismo debido a la verticalidad con la que se tomaron y se continúan a tomar las decisiones. Uno de los problemas radica en la adaptación de la comandancia guerrillera a las exigencias del orden burgués y en la abdicación gradual de un proyecto que a pesar de proclamarse socialista, no pasaba en sus inicios de un mero radicalismo burgués.

Este fue siendo progresivamente alterado en función de un programa cuyo contenido fue vaciado del radicalismo inicial hasta desembocar en la llamada revolución democrática que contenía los puntos mínimos de los programas anteriores del movimiento guerrillero. Este documento fue la base sobre la cual se realizaron las negociaciones con la cúpula gubernamental liderado por la oligarquía financiera. Aún más, la comandancia guerrillera renunció a muchos aspectos de ese documento base para las negociaciones, celebrando su flexibilidad y apertura al diálogo. La reforma agraria radical de inicio de los años 80 se convirtió en un simple programa de distribución de tierras combatientes, el Programa de Transferencia de Tierras (PTT), que benefició a muy pocos de ellos en especial a las mujeres. Nunca llegó a ser cumplido en su totalidad y fue finalmente desmantelado a través de las contrarreformas neoliberales en la agricultura.

Otro asunto problemático es que el análisis de las organizaciones feministas es dicotómico cuanto a la situación de la mujer. Por un lado, configurando el polo positivo, las guerrilleras que realizaron tareas no tradicionales a su condición de género, y por otro lado, el polo negativo, las mujeres colaboradoras que realizaron tareas tradicionalmente femeninas. Esta visión dualista de la situación de la mujer en su totalidad no refleja el proceso en sus dimensiones reales y sin duda de ella se derivan análisis fatalistas incapaces de discernir los cambios socio-culturales y la riqueza del proceso de resistencia y lucha de las mujeres en la guerra, con todo y la barbarie que esto significó.

En este sentido, es evidente que la equiparación de la mujer guerrillera al hombre por el simple hecho de empuñar un arma y mostrar valentía se dio en función de parámetros exclusivamente masculinostendientes a fortalecer el machismo y a considerar a las mujeres "audaces" como una excepción a la regla y no como una característica o cualidad que surgió a partir de la severidad de un contexto que obligó tanto a las mujeres como a los hombres a ir más allá de los límites de sus capacidades físicas. A partir de aquí solamente podría resucitar la vieja igualdad abstracta de la cual emana la "falsa admisión" de las capacidades de las mujeres. Esta falsa admisión no las protegió de las problemáticas decisiones verticales y de los abusos de poder que se produjeron dentro de la guerrilla con la connivencia de los mandos superiores, en particular lo que dice respecto a la cuestión de la maternidad, los acosos sexuales y la discriminación de las mujeres analfabetas de las clases populares.

Por otra parte, la afirmación de que las colaboradoras de los refugios salieron de los campamentos incluso más femininas que antes de la guerra las condena a una eterna subordinación y las priva de su condición de sujeto con capacidad de transformación. Este tipo de afirmaciones no reconoce el proceso que se puso en marcha a través de la auto-organización de la comunidad en los refugios de exiliados ni el legado de posguerra. De estos análisis se derivan discursos que tienen una función mistificadora en la sociedad salvadoreña porque continúan a explicar los graves problemas sociales y económicos a través de los efectos dañinos de la guerra o del sistema patriarcal y no abordan las causas fundamentales que los determinan.

Con todos los problemas y limitaciones de la experiencia del campamento, los logros son innegables. Las comunidades campesinas pasaron de ser un grupo heterogéneo, aislado, con un escaso nivel de estudios, a un grupo cohesionado que se auto-organizó para promover procesos educativos, de salud y sobre todo para mantenerse unidos ante la represión de los soldados hondureños. Aprendieron que la resistencia colectiva los fortalecía y que a través de la organización alcanzaban sus objetivos, desde los más inmediatos hasta llegar a imaginarse a sí mismos como una comunidad con un proyecto diferente al resto de la sociedad salvadoreña.

Eran conscientes de los valores de solidaridad y de las nuevas relaciones sociales que habían construido durante los años de lucha y de resistencia común y articularon una comunidad cuya principal característica era la organicidad y el reconocimiento de la fuerza del colectivo. Aunque su acción social no fue impulsada inicialmente por la utopía de construir una sociedad diferente, sino que por las necesidades inmediatas que tuvieron que resolver a lo largo de 10 años de campamento, imaginaron la materialización de estos nuevos valores y un modo de producción alternativo al capital que trataron de replicar al regresar del exilio.

El cambio en la subjetividad de las mujeres fue otra conquista importante, hecho que les permite hoy en día un mayor grado de autonomía frente a sus compañeros. Antes de la guerra esto hubiera sido impensable debido a la rígida división sexual del trabajo típica del campo. Sin embargo, esta rigidez casi insuperable se tornó porosa y le permitió a las mujeres, especialmente a aquellas que participaron en la guerra como combatientes y colaboradoras, espacios más amplios y oportunidades de actuación como líderes en sus comunidades, más posibilidades de participar en la política, e incluso en emprendimientos productivos agrícolas.

Es innegable que después de la guerra hubo un retorno a los patrones de subordinación y de opresión del sistema patriarcal con la típica división sexual del trabajo dentro de las familias. Las dobles y triples jornadas siguen existiendo debido a que las mujeres tienen que asumir las tareas del hogar y salir en busca de trabajo por las extremas dificultades económicas a las que se ven sometidas en el nuevo contexto neoliberal caracterizado por el desempleo crónico. La carga más pesada sigue recayendo sobre ellas y en el contexto del neoliberalismo la tendencia es que continúen siendo explotadas y se empobrezcan cada vez más. No podía ser de otro modo ante la agudización del desempleo estructural, las precarias condiciones laborales y el congelamiento del salario mínimo, sin contar el abandono y desmantelamiento del sector agrícola por parte de la oligarquía financiera, que prefiere valorizar sus capitales a través de la especulación financiera. La crisis estructural del capital y el nuevo patrón de dependencia que generó significó la activación y el fortalecimiento de todas las jerarquías dentro de la sociedad y el patriarcado no es la excepción. Es por esta razón, junto al desempleo crónico, que los índices de la violencia en general y, específicamente, los índices de la violencia contra las mujeres van en aumento en vez de disminuir.

Las mujeres salvadoreñas, rurales y urbanas, siguen respondiendo activamente a las demandas de supervivencia de sus familias con trabajos productivos dentro y fuera de sus hogares. Son esenciales para garantizar un mínimo de alimentos en tiempos de crisis y continúan a asumir tareas del ámbito reproductivo lavando ropa ajena convirtiéndose en empleadas domésticas, una situación que se intensifica cuanto más empobrecida es la familia. Se ven obligadas a abandonar sus hogares y a vender su fuerza de trabajo, teniendo que enfrentarse incluso a condiciones de desigualdad y desventaja a respecto de los hombres en las zonas rurales y en las ciudades. Muchas de ellas arriesgan sus vidas cuando emigran fuera del país y, aunque no apuestan más en un proyecto de resistencia colectiva, su lucha por la supervivencia continua a ser legítima.

La subordinación jerárquica y discriminatoria de la mujer respecto al hombre está estrechamente relacionada con la opresión de clase. En otras palabras, está vinculada a la subordinación del trabajo al capital, ya que este último determina y se sirve de las relaciones de poder dentro en el ámbito de la reproducción para satisfacer sus objetivos de extracción de la mayor cantidad posible de trabajo excedente, mientras que perpetúa dentro de la familia un sistema de valores jerárquicos y autoritarios que garantizan la estabilidad y la continuidad de la totalidad del sistema.

La guerra dejó secuelas que impactaron el país enormemente, pero los grandes retrocesos económicos y sociales, entre ellos la falta de una mejora en las condiciones de vida de las mujeres, la ausencia de una emancipación y de una igualdad substantiva de clase están intrínsecamente relacionadas al hecho de que las relaciones de poder material que generan la desigualdad estructural no se vieron afectadas de manera significativa, incluso después de 20 años de esfuerzos de las organizaciones no gubernamentales y fundaciones que surgieron en la posguerra.

Por seguir la misma lógica jerárquica del capital, estos organismos no son capaces de producir las transformaciones necesarias para alcanzar el tan deseado desarrollo humano. Utilizan las tecnologías gerenciales y financieras típicas del Estado o de la empresa capitalista al servicio de las clases dominantes para controlar el disenso, vigilar e impactar negativamente los movimientos sociales de izquierda. Al fin y al cabo son los donantes de los recursos financieros los que inevitablemente controlan las actividades de estas organizaciones y dictan los parámetros de la lucha por la llamada "justicia social" siempre dentro de los límites del orden. Las ONG son obligadas a satisfacer sus demandas para seguir recibiendo recursos con lo cual muy difícilmente cambian sus estrategias aunque en la práctica obtengan magros resultados. La autocrítica es escasa, lo que las hace extremadamente rígidas e inflexibles y contrarias a las dinámicas de transformación de un movimiento social.

Las ONG promueven una cultura de competencia no colaborativa, con "estrategias" de corto plazo sin tener en cuenta la eficacia de la metodología utilizada. La preocupación principal no es la organización de movimientos de masas, pero si la atracción de fondos para la ejecución de proyectos aislados y fragmentados, con lo cual acaban por perder de vista la totalidad de los procesos y las posibilidades de cambio social. En general, muchos de los antiguos comandantes procedentes de la clase media partieron para las ONG o para la actividad política cuando el FMLN se convirtió en partido tras el fin de la guerra. Este fenómeno los llevó al alejamiento generalizado de sus bases en la guerrilla con consecuencias negativas para la continuidad de la organización popular.

Los cambios socioculturales operados durante la guerra, ya sea en términos de valores como la solidaridad de clase, el descubrimiento de la posibilidad de transformación a través de las acciones prácticas colectivas y de cooperación, ya sea en los emprendimientos productivos que las comunidades del norte de Morazán habían

estado ensayando desde la década 70 a través de las CEB no encontraron un terreno fértil en el desierto neoliberal.

En el marco histórico y estructural actual, la dependencia de El Salvador frente a las potencias capitalistas de tecnologías más avanzadas se profundizó agudizando su posición subordinada en la división internacional del trabajo jerárquicamente estructurada. Las políticas neoliberales, bajo el impulso del capital financiero internacional, agravaron las contradicciones e intensificaron la explotación del trabajo, la concentración de tierras y la expulsión de seres humanos del territorio del país, hechos que no tienen un horizonte de reversión a mediano o largo plazo. En este marco, la lucha de las mujeres por su emancipación no se puede llevar a cabo con simples reformas jurídicas o institucionales que no garantizan ir más allá de una igualdad formal y abstracta. Frente a la desigualdad material a la que miles de salvadoreños están condenados, especialmente las mujeres, se hace un llamado para la democracia electoral y para los beneficios de un marco institucional fortalecido. Sin embargo, los avances de la llamada "democracia electoral" - con las reformas institucionales, la creación de órganos gubernamentales específicos para derechos humanos y específicos para las mujeres - no han eliminado las relaciones materiales de poder y de desigualdad estructural de clase ni las de género.

En la democracia bajo el dominio del capital, Mézáros señala que "el poder político de las formaciones estatales del capital no es arbitrario, y sí estrictamente dominado por las determinaciones estructurales materiales del sistema establecido de control sociometabólico" (Mézáros, 2011:286). En otras palabras, el aumento de la miseria como resultado del desempleo estructural, la precariedad laboral, el aumento del tráfico de drogas, la violencia generalizada y en particular la violencia contra la mujer son todos funcionales a la acumulación y expansión del capital no son momentáneos o simplemente subproductos pasibles de ser corregidos o eliminados a través de políticas públicas trazadas por el Estado, ya que son esenciales para el capital en su forma contradictoria y destructiva de reproducirse.

La gran tragedia de El Salvador es el desfase temporal entre la lucha de clases y los desdoblamientos de los últimos 40 años de crisis estructural del capital. Si a principios de esta fase los movimientos popular y guerrillero estaban impregnados con un nacionalismo radical válido y necesario para hacer avanzar las revoluciones democrática y nacional para dinamizar las transformaciones dentro del orden colocando punto y final al excluyente, antinacional y antidemocrático régimen oligárquico; este nacionalismo se

vuelve insuficiente para la superación del sistema del capital y sus explosivos antagonismos. Era necesario proyectar este radicalismo nacionalista junto con las demandas más concretas de los movimientos populares en términos socialistas para llevar la descolonización hasta sus últimas consecuencias.

El movimiento acabó por desembocar en el reformismo burgués en su versión actual de sesgo neodesarrollista, en tiempos de un capitalismo irreformable que no tolera mínimas concesiones a la clase obrera en el centro del sistema y mucho menos en su periferia. La apuesta desfasada de la clase media por el fortalecimiento institucional del "Estado de derecho" en un momento histórico en el cual es evidente que no hay más posibilidades de volver a un estado de bienestar social y cuando los impulsos civilizadores del capital están completamente agotados, son signos de su actitud conciliadora - por no decir de acomodación obviamente no admitida - con el orden burgués neoliberal mantenido por una clase dominante que nunca tuvo el interés, y nunca lo tendrá, para universalizar los beneficios de la acumulación económica.

El gran reto de los nuevos movimientos sociales es la construcción de sus organizaciones de abajo hacia arriba priorizando su independencia de clase y teniendo en cuenta que no existe ninguna posibilidad de eliminar los actuales problemas sociales sin una lucha por la superación del sistema del capital simultánea a una lucha por una igualdad de género sustantiva.

Bibliografía

Carrasco Bengoa, Cristina. 2013. "El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía". en Cuadernos de relaciones laborales (Madrid) Vol. 31, No. 1.

Deere, Carmen Diana; León, Magdalena. 1998. "Género y derechos de propiedad en El Salvador Rural". en Boletín Prisma (San Salvador) No. 32.

Gordon, Sara. 1989. Crisis política y guerra en El Salvador. (México: Siglo XXI).

Herrera, Morena. 1996. "Mujeres y Conflicto. Consecuencias de la participación" en Revista Tendencias. (San Salvador) Vol. 5, No. 49.

_____. 1995. "Posguerra, ex-guerrilleras y feminismo en El Salvador" en Las Dignas (comps.) Montañas con recuerdos de mujer. Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas. (San Salvador: Fundación Buntstift).

Mészáros, István. 2011 (2002). Para além do capital:rumo a uma teoria da transição. (São Paulo: Boitempo).

_____. 2008 (1986). Filosofia, ideologia e ciência social.(São Paulo: Boitempo).

Murguialday, Clara. 1995.“Los Mandatos de la domesticidad” enRevista Tendencias.(San Salvador) Vol. 3, No. 42.

Rowbotham, Sheila. 1974. Women, Resistance and Revolution. A history of women and revolution in the modern world. (New York: Vintage Books).